



## DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA

Relación de los crímenes que cometieron estos dos fieles amantes  
para conseguir sus promesas de amor

### PRIMERA PARTE

Sagrada Virgen María,  
Antorcha del Cielo Empíreo,  
Hija del Eterno Padre,  
Madre del Supremo Hijo,  
Y del Espíritu Esposa,  
pues con virtud, y dominio  
en tu vientre virginal  
concibió el Sér más benigno,

y al cabo de nueve meses  
nació el Autor más divino  
para redención del hombre,  
de carne humana vestido,  
quedando tu intacto Seno  
casto, terso, puro y limpio.  
Sucedió en la gran Coruña,  
el mejor puerto lucido

que tiene el mar en su margen,  
de mil alabanzas digno.  
En esta ilustre ciudad,  
nació de padres muy ricos  
doña Leonor de la Rosa,  
á quien el cielo propicio,  
se esmeró en dibujarla,  
de manera que el sol mismo  
se le opuso su hermosura,  
pues con rayos fué vencido:  
y así triunfó de sus luces,  
y de sus dorados giros:  
este asombro de belleza,  
este encanto de Cupido,  
imán de los corazones,  
y de los hombres hechizo.  
Fué estremada su belleza,  
que pasó á ser prodigio,  
pues no hay hombre que la mire,  
que no se quede rendido.  
En la casa de sus padres,  
con el recato debido  
se crió, y apenas tuvo  
los quince abriles cumplidos,  
cuando Amor tiró una flecha;  
y fué para su desgracia:  
que bien dijo aquel que dijo,  
que la mujer que es hermosa,  
trae la desgracia consigo;  
que bastó llamarse Rosa,  
que pocas rosas he visto  
que no mueran deshojadas  
á manos del precipicio.  
La causa fué un caballero,  
don Jacinto del Castillo,  
tan galán como bizarro,  
valiente como entendido.  
Este dió en galantearla  
con fiestas y regocijos:  
la dama le corresponde  
con amorosos cariños  
que enamorada y rendida  
estaba de don Jacinto:  
y con palabra de esposa  
á su amante satisfizo.  
Todas las noches se hablaban  
por un balcón, que testigo  
era de sus muchas penas:  
y como amantes tan finos  
descansa el uno con otro,  
repitiendo mil cariños.  
Dejemos en este estado  
á Leonor y á don Jacinto,

gozando aquellos elogios  
que el amor tiene consigo,  
y paso pues á dar cuenta,  
y digo que don Francisco,  
que era el padre de esta dama  
que tenía otros designios  
de dársela á un caballero  
que era muy rico y su amigo:  
don Fernando de Contreras,  
que enamorado y rendido  
de la singular belleza,  
del encanto y el prodigio,  
del hechizo de Leonor,  
se determinó y le dijo:  
señor don Francisco, yo  
como hombre solícito  
alcanzar vuestros favores,  
si merezco conseguirlo,  
con la bellísima mano  
de Leonor que tanto estimo,  
con el renombre de esposa,  
suplicándolo os lo pido;  
y don Francisco que estaba  
deseando aquello mismo,  
se le ha ofrecido y con ella  
diez mil ducados le ha dicho  
le dará en plata ó en oro  
si se efectúa lo dicho.

Don Fernando se quedó  
contento y agradecido;  
alegres se despidieron,  
y al momento don Francisco  
se partió para su casa,  
dándoles cuenta y aviso  
á su mujer y á su hija  
muy alegremente dijo:  
No sabes, doña Leonor,  
objeto de mi cariño,  
como te tengo casada,  
que será tu gusto y mío,  
con don Fernando Contreras,  
hombre rico y bien nacido;  
es noble, afable y discreto,  
como tú Leonor lo has visto;  
sólo aguardo tu respuesta  
para dársela al provisto.  
Y Leonor como tenía  
las potencias y sentidos,  
el corazón, vida y alma  
en su amante don Jacinto,  
fué á responder, y no pudo,  
que la fuerza de un delirio  
la traspuso en un desmayo,

envuelta en un parasismo.  
Aquí el coral de sus labios  
eran de jazmin los visos;  
las rosas de sus mejillas  
en nieve se han convertido;  
pero en fin por abreviar  
la volvieron con rocíos,  
y con muy tiernos sollozos  
articulando suspiros.  
Apenas vuelta en su acuerdo  
á Leonor su padre vió  
volviendo segunda vez  
á tratar de lo que he dicho:  
Acaba, Leonor, acaba,  
responde á lo que digo,  
porque don Fernando está  
idolatrando en tu hechizo;  
es noble y muy poderoso  
como ya te he referido;  
te hará dueña de su hacienda,  
tendrás descanso y alivio.  
Esto ha de ser de por fuerza  
si no quieres por cariño;  
y remitiéndose al llanto,  
hechos sus ojos dos ríos,  
desabrochando palabras,  
resueltamente le ha dicho:  
Padre y señor, don Fernando  
nunca fué del gusto mío.  
¿Qué importa que sea noble?  
¿Qué importa que sea rico,  
si nunca han conjurado  
sus conceptos con los míos?  
Que don Fernando sea noble,  
también lo soy padre mío;  
que sea dueño de su hazienda,  
yo soy la que me cautivo.  
La que por fuerza se casa,  
por interés de lo rico,  
no es mujer sino esclava  
que se vende en el guarismo  
de la ambiciosa codicia,  
esto, señor, es muy fijo.  
En cuanto á tomar estado,  
no ha de ser al guto vuestro  
que ha de ser al gusto mío.  
Y pues es fuerza os declare  
como á padre mi designio,  
yo tengo puesto mi afecto,  
y el corazón y sentidos  
por mandato de mi amor,  
en don Jacinto del Castillo;  
yo tengo esposa á mi gusto,

pues como el alma lo estimo.  
Viéndola el padre resuelta,  
furioso y ensoberbecido  
asióla por los cabellos,  
que eran ebras de oro fino,  
dándole golpes y arrastrando  
la metió en su cuarto mismo;  
con un puñal en la mano,  
en viva rabia encendido,  
amenazóla de muerte,  
diciendo: Haz lo que te digo,  
ó la vida rendirás  
al golpe de este cuchillo.  
Viendo Leonor que en su pecho  
moraba el de don Jacinto,  
y que es fuerza peligrase  
en semejante peligro;  
con cauteloso engaño,  
dijo: padre y señor mío,  
yo me resuelvo á que sea  
don Fernando esposo mío.  
Con esto el padre abrazóla  
contento y agradecido,  
dejándola; cuando al cabo  
de cuatro días ó cinco  
escribió doña Leonor  
un papel á don Jacinto,  
diciéndole lo que pasa,  
que la sacase al proviso,  
mas no fué tan en secreto,  
que lo cogió don Francisco.  
Hallóla firme y constante  
según por lo contenido.  
Volvió otra vez indignado  
y á doña Leonor dijo:  
Mira, infame, este papel,  
que envías á don Jacinto.  
Encerróla, y dispusieron  
con el Vicario al proviso,  
con don Fernando la case  
por escusar un peligro.  
Quisiera escribir aquí  
las lágrimas, los suspiros,  
los sollozos, los lamentos,  
los pesares y los gritos  
que la triste dama hacía,  
muy bien se dice ello mismo:  
si el disimular la pena  
no le fuera tan preciso,  
reventara de dolor,  
mas volvióse basilisco,  
cual vívora, cual serpiente,  
que con su veneno mismo

antepone su venganza,  
destruyendo á su enemigo.  
Tuvo lugar y escribió,  
diciéndole á don Jacinto:  
«Esposo mío y Señor,  
dueño del alma querido,  
hoy mi padre de por fuerza,  
con harto dolor lo digo,  
con que pena lo refiero,  
y con que llanto lo escribo;  
hoy me ha casado mi padre,  
hoy te perdí, dueño mío:  
de este pesar, de esta pena  
las lágrimas hilo á hilo  
de mis ojos se despeñan,  
remediarlo no he podido.  
yo casada sin mi gusto,  
reviento sólo en decirlo:  
yo verme con otro dueño,  
yo en brazos de mi enemigo,  
ea, mueran los que causan  
tus disgustos y los míos.  
Para esta noche te espero,  
vendrás bien apercebido,  
que una criada avisada  
te entrará en el cuarto mío.  
Muera, muera don Fernando,  
pues mi padre lo ha querido,  
y nos iremos los dos,  
que en otro reino distinto  
nos casaremos después  
que yo tengo prevenidos  
muchos doblones y joyas,  
muchas sortijas y anillos.  
Esto, señor, te encarezco,  
no haya falta en lo que digo.»  
Todo aquel día se estuvo  
el padre con los padrinos,  
trazando para la noche  
mil fiestas y regocijos,  
y la cautelosa dama  
al inocente marido,  
por encubrir la ponzoña,  
mostraba amor y cariño.  
Vino la noche y con ella,  
á la puerta don Jacinto,  
bien prevenido de armas,  
y la criada al proviso  
le ha tomado por la mano,  
y en su cuarto lo ha metido:  
sin que nadie reparara  
y allí se quedó escondido,  
cual aspid emponzoñado,  
entre las flores metido:

allí aguarda al inocente,  
para picarle atrevido.  
Llego en fin la media noche,  
se dió fin al regocijo;  
ya todos los convidados  
á sus casas se habían ido.  
Entró Leonor en su cuarto,  
halló en él á don Jacinto  
allí trazaron el como  
han de lograr su designio.  
Entró después D. Fernando  
despojándose el vestido,  
y creyendo estar en los brazos  
de Leonor que tanto quiso,  
se halló en brazos de la muerte,  
porque salió don Jacinto,  
y con dos recias puñaladas  
abrió al alma dos postigos:  
revolcándose en su sangre  
se quedó cadáver frío.  
Acuden los dos consuegros  
al alboroto y ruido,  
y al soplo de dos pistolas  
las dos vidas han rendido;  
y saliéndose del cuarto,  
encontró Leonor un tío,  
diciendo: viles traidores,  
pagareis vuestro delito.  
Asió á Leonor de la ropa,  
y ella con varónil brío,  
de un fuerte carabinazo  
el corazón le ha partido;  
y saliéndose á la calle,  
allí montaron al proviso  
en un ligero caballo  
que tenían prevenido.  
Al estruendo y alboroto  
toda la justicia vino,  
solicitando el prenderlos:  
viendo lo que ha sucedido  
en aquella triste casa.  
Mas don Jacinto atrevido,  
con dos fuertes trabucazos  
derribó cuatro ministros,  
con que franqueó la calle;  
y saliéndose al camino:  
dejan de correr y vuelan,  
huyendo de su peligro.  
Y en la segunda parte,  
según consta por lo escrito,  
dice como se embarcaron  
y como fueron cautivos,  
y dice el fin que tuvieron  
doña Leonor y Jacinto.